

tipo del idioma hamítico; pero uno de los hijos de esta familia que en el bajo valle del Nilo halló para su desarrollo condiciones tan favorables como rara vez se encuentran en el mundo pronto superó á todos los demás. La historia no conoce un ejemplo de profunda diferencia de desenvolvimiento histórico tan grande como el que ofrecen estas tribus; esto no obstante, hemos de tener en cuenta, que no siempre esta diferencia fué tan grande como en la actualidad: Nubia no fué en todos tiempos tan esclava ni tan pobre como hoy, sino que recibió y conservó una parte de los sobrantes de la civilización egipcia, mas á pesar de esto nunca fué territorio de civilización independiente ni foco de irradiación de una gran vida de cultura. Hace 30 años escribía ya Lepsius: «Está demostrado que nada puede descubrirse de una ilustración etiópica primitiva ni de una antigua educación nacional etiópica que tanto han sabido ensalzar los modernos eruditos; es más, nos sobran razones para negarla en absoluto. De las noticias de los antiguos las que no descansan en una mala inteligencia sólo se refieren á la civilización y al arte egipcios que se refugiaron en Etiopía durante la época de la dominación de los hyksos. El hecho de que al fundarse el nuevo imperio el poder egipcio saliera de Etiopía y aun penetrara muy adentro del Asia fué mal interpretado por las tradiciones asiáticas y griegas, puesto que, achacaron al pueblo lo que sólo al país etiope debía atribuirse, cuando es sabido que ninguna noticia había llegado á los pueblos septentrionales relativa á la existencia de un Imperio egipcio más antiguo todavía y á su grande y pacífico florecimiento.» La misma ciencia actual que conoce multitud de monumentos nubios ó etiípicos sólo puede deducir de todos ellos y de los templos estatuas é inscripciones que la Kusch ó Kesch de los egipcios (la Etiopía de los griegos) fué una provincia del imperio cuyas fronteras fueron poco á poco extendiéndose por el Sud. Las ideas etnográficas y geográficas requieren más minuciosa determinación. Según Brugsch lo que hoy denominamos Sudán no es más que la «Kusch» de los egipcios. La «tierra de Chont» situada al Sud del Egipto propiamente dicho representaba, en cambio, un espacio bien deslindado, á saber: el territorio comprendido entre la primera catarata y la montaña Barkal cuya capital, Napata, estaba emplazada en este monte y poseía el famoso santuario de Ammón. Comúnmente la tierra de Chont y Kusch se entienden como Nubia y Etiopía: ambas nociones dejan algo que desear en punto á precisión, pero de igual defecto adolece el deslinde del territorio que poseían los egipcios al Sud de la primera catarata. A pesar de la resistencia de los primitivos habitantes africanos de estos territorios, los pueblos negros ó de color oscuro (los nahasis de los monumentos) á los cuales se asociaron desde antiguo otros pueblos de color más claro procedentes del mar Rojo que habitaron las comarcas montañosas comprendidas entre éste y el Nilo (¿los blemmyos de los antiguos?), á pesar de esta resistencia — decimos — la soberanía de los Faraones alcanzó ya antiguamente hasta muy arriba del Nilo y Thutmés I (el Thotmosis de los griegos) dejó sentir su fuerte brazo más allá del Eufrates, encadenando á su pueblo como vasallas á las numerosas tribus de los pueblos del Sud. El recuerdo de las hazañas de este rey se han conservado en las inscripciones de los peñascos que se alzan cerca de las cataratas de Kerma, enfrente de la isla Tombo (en el Nilo) entre los 20 y los 19° de latitud Norte. La extensa inscripción dice entre otras cosas, según Brugsch, lo siguiente: «Los señores de la alta dinastía han creado una línea fronteriza de vigilancia para sus tropas á fin de que no la traspasen los pueblos extranjeros: sus sol-

dados están agrupados como la joven pantera que ataca al toro que se mantiene quieto porque está deslumbrado. El rey ha llegado hasta los últimos confines de su territorio y hasta ellos ha extendido su fuerte brazo: buscó la lucha y no encontró quien le resistiera; abrió los valles que los antepasados no conocieron y que nunca habían visto los que llevaron la doble corona. La marca fronteriza meridional estaba al principio de este país y la frontera septentrional en el sitio á donde se dirige el que va hacia abajo para ir hacia arriba. Esto no había sucedido en tiempo de ningún otro rey.» De esto podríamos deducir que las avanzadas más meridionales de la soberanía egipcia estaban en este lugar, lo cual no obsta para que se hicieran expediciones de rapiña y de sumisión y para que se mantuviera sujetos á tributos á los pueblos limítrofes. Desde Thutmés I constituyó la dignidad de gobernador de Kusch un privilegio de los hijos del rey y desde entonces, estas comarcas septentrionales fueron uno de los más importantes miembros del imperio. Hubo una época posterior en que Etiopía fué independiente pero lentamente se vió de nuevo conquistada, cercada de fortalezas y finalmente egipciada por comito en tiempo de los reyes thebanos. El gobierno de Ramsés II (unos 1.400 años antes de J. C.) señala el punto culminante de la soberanía egipcia; cuando después de este reinado el Egipto entró en el período de decadencia, Etiopía empezó á crecer en importancia hasta el punto de que en el siglo séptimo encontramos poderosos reyes etiopes sentados en el solio de los Faraones, á pesar de lo cual y de ser luego una potencia política siempre estuvo por debajo de Egipto en la esfera de la civilización, siendo mucho más modernos y mucho más insignificantes que los egipcios los restos artísticos que de ella se han conservado. Los monumentos más antiguos que en las ruinas de Napata se conservan pertenecen á la época de Ramsés II y son genuinamente egipcios como las obras posteriores de los reyes indígenas, y las variantes que de los mismos encontramos son simples debilitaciones ó acusan bárbara influencia. Las pirámides, muy escasas fuera de la antigua Meroé, tienen á lo más 25 metros de altura, son esbeltas, desmochadas en sus ángulos y tienen en su fachada oriental una pequeña antesala. Mayor grandiosidad ofrecen los templos y las grutas-santuarios, como el de Abú Simbel con sus estatuas colosales labradas en la roca y de un tamaño doce ó veinticuatro veces mayor que el natural: las figuras de los dioses eran completamente egipcias. La divinidad más venerada en este país durante el nuevo Imperio era la Hathor con el sobrenombre de señora de Maskat, es decir «del territorio del cobre.» A menudo se encuentran asimismo diosas negras, En la antigua Nubia vemos con frecuencia otorgada cierta preferencia á la mujer, lo cual no deja de influir en las relaciones sucesivas de la monarquía meroítica: el rey de Meroé era á la vez primer sacerdote de Ammón; si moría antes que su esposa sucedía ésta en el gobierno ocupando al lado de ella un lugar secundario el heredero varón del trono; además sabemos que la reina nubia Kandake estuvo en lucha con el emperador Augusto. Dominaba en este país una soberanía sacerdotal de la que nos hablan Estrabón y Diodoro y en él predominaba el culto de Ammón citado por Herodoto. Este Estado teocrático fué destruido por los Ptolomeos, pero contribuyó á imprimir en la historia de este país un carácter muy distinto del que tuvo la historia de Egipto: la civilización y la lengua griegas echaron aquí permanentes raíces por más que algunas manipulaciones bárbaras las desfiguraran, y el cristianismo no gozó durante muchos siglos en ningún territorio del Africa musulmática de la segu-

ridad de que disfrutó en éste. La Nubia antes convertida por los egipcios al culto de Ammón fué más tarde el asilo de los cristianos perseguidos en Egipto, fundándose en el lugar de Meroé un gran reino cristiano denominado Aloa y subsistiendo la antigua Dongola como ciudad cristiana hasta el siglo décimotercero. El cristianismo monofísico tenía á sus adeptos extendidos sin interrupción desde el bajo Egipto hasta muy adentro de Aisinia.

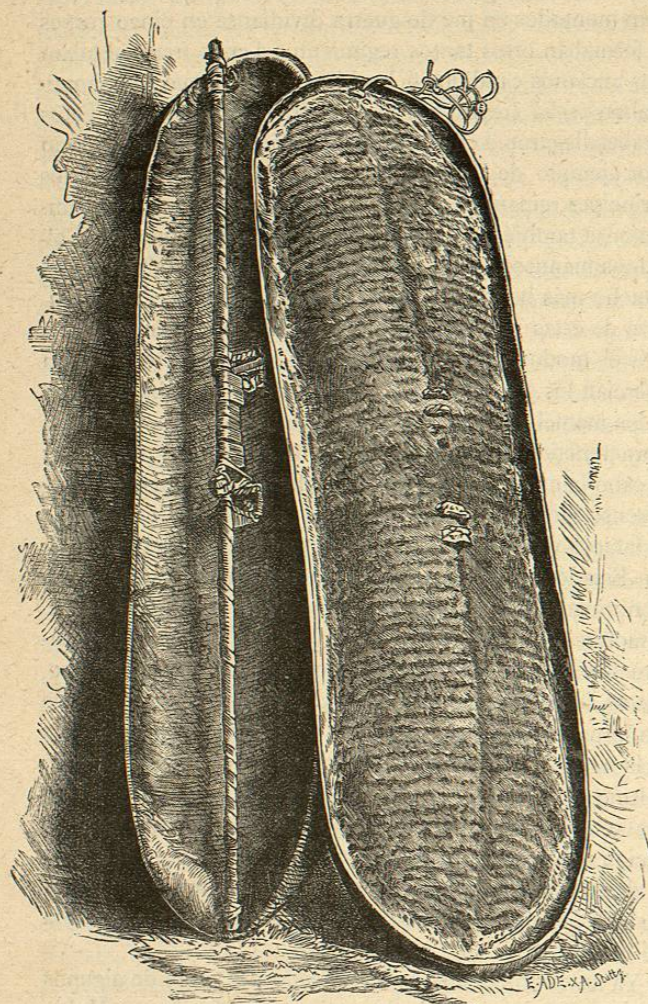
Una parte de los bedjas, y no sólo los que confinaban con Abisinia, convirtiéndose al cristianismo monofísico gracias á la influencia del reino cristiano de Aloa, el cual más tarde fué sojuzgado por los paganos fundches que luego abrazaron el islamismo: en la actualidad todavía hay algunos bedjas cristianos. El islamismo ejerció aquí como en todas partes una influencia desoladora, de modo que Nubia no es hoy más que una débil sombra de lo que fué, habiendo no sólo desaparecido en ella la magnificencia egipcia si que también agostándose su posterior florecimiento. Así como hoy apenas se conoce lo que fueron Napata y Naga, así también nadie diría que la antigua capital del Sudán, Sennar, cuyo rey antes de la conquista del país por Ismail Bajá dominaba hasta el wadi Halfa, fuese no hace aún mucho tiempo, un principado tan poderoso: 600 ó 700 cabañas de paja, *tukeles*, circundan los montones de ruinas de ladrillos que cubren el emplazamiento antes ocupado por el palacio real. Todo cuanto recientemente se ha construído en las modernas ciudades del Nilo ó del mar Rojo, como Chartum y Suakín, resulta mezquino comparado con lo antiguo y carece en absoluto de importancia monumental. Hasta por su nombre se olvidó la antes famosa Etiopía, pudiendo con razón saludarse los viajes que á principios de este siglo hicieron á ella Burckhardt y Belzoni como un segundo descubrimiento del país hundido en la más espantosa ruina. Nubia como Mesopotamia fué un territorio de nómadas y de pastores; del modo mismo que antes el Nilo había inundado con sus fertilizadoras aguas los terrenos que á sus lados se extendían, arrojó luego el desierto sobre los territorios cultivados y sobre los oasis que á lo largo de aquella corriente florecían la plaga de los pueblos nómadas que en él habitaban, teniendo que soportar Nubia un segundo período de los hyksos más duradero que el de la dominación de los reyes pastores. Este flujo destructor de pueblos recibió su principal impulso de la conmoción que el islamismo produjo en los pueblos de Arabia; sin embargo no debemos establecer entre ambos hechos una relación exclusiva puesto que de Egipto inmigraron procedentes de la Arabia, antes del islamismo, algunas tribus costaneras cuyos idiomas, costumbres y tipos se confundieron por completo con los de los demás habitantes. Es más, en épocas recientes hemos visto á algunos pueblos atravesar el mar Rojo para establecerse en Africa sin que ningún hecho histórico pudiera ser considerado como causa primordial de tales emigraciones. Una parte de la poderosa tribu árabe de los tibithios, los hetemes, emigró de la comarca de Moilah al Sahel, entre Aqiq y Wold Qan, con la aprobación y bajo la protección del gobierno del país y sin indemnizar á los beni-amer y á los hababes por los bienes que les arrebataron (Heuglin). El nombre de árabes, llévanlo con más razón que nadie los scheiques y en cambio en manera alguna puede ser aplicado á los pueblos etíopes de antiguo sedentarios en este país. Los scheiques tienen en su abono tradiciones positivas que les hacen oriundos de Arabia; á pesar de esto en la actualidad es difícil distinguirlos de las tribus indígenas gracias á los fraccionamientos y fusiones que en el transcurso de los siglos han experimentado. Lo que más les dis-

tingue ahora es su espíritu decididamente guerrero que á principios de este siglo aun les hizo sostener encarnizadas luchas con los pequeños soberanos de los Estados nubios: ya en la antigüedad ocuparon una situación especial entre los habitantes del Sudán y de Nubia por la circunstancia de ser los únicos que prestaban el servicio militar permanente, cuando en los otros pueblos sólo servían en el ejército los que merecían ser castigados por un delito, pues sólo en el caso de una guerra general venían las tribus indígenas á ayudar con las armas al gobierno bajo las órdenes de sus propios caudillos. Los scheiques que estaban montados en pie de guerra dividíanse en cinco grupos y formaban otros tantos regimientos á cuyo frente estaban sus ancianos caudillos ó los hijos de éstos que se denominaban *melek* (reyes) y tenían el título de *sendjakes*. Estos árabes llegaron á enseñorearse de algunas comarcas, como por ejemplo de Dongola, haciendo tributarios suyos á los príncipes reinantes. Estos scheiques, sin embargo, distinguíanse también en las artes de la paz: Burckhardt vió algunos manuscritos procedentes de sus escuelas de Merawe mucho más bellos que los mejores del Cairo. La naturaleza de estas potencias históricas está bien caracterizada por el modo como decayó el poder que sobre Dongola ejercían los scheiques. El caudillo de éstos había acogido á los mamelucos arrojados de Egipto con la hospitalidad característica de los árabes, y les había armado para llevar á cabo la conquista de Sennar. Mas al poco tiempo rebeláronse esos huéspedes contra sus amigos, asesinaron á sus príncipes y con auxilio de un principillo indígena fundaron un Estado propio en Dongola contra el cual sostuvieron continuadas luchas. Dongola, que hasta fines del siglo décimotercero fué cristiana y cuya capital del mismo nombre había sido hasta esa época citada por los mismos cronistas árabes como floreciente y espléndida residencia de un imperio poderoso; Dongola, que Makrisi nos describe más tarde como país constantemente en lucha consigo mismo, que luego volvió á realizarse bajo la dominación árabe, fué, pues, muy poco antes de su definitiva incorporación á Egipto, un reino semi-independiente, en el cual la desmoralizada horda de turcos sembró muchos de los malos gérmenes que prosperaron en la moderna historia de Nubia.

Ya anteriormente se habían hecho por parte de algunos mercenarios turcos varias tentativas para fundar en Nubia algunos Estados independientes; de ellas vamos á citar unos ejemplos para poner de manifiesto el carácter de estos acontecimientos típicos para algunas fundaciones de Estados de mayor magnitud. Hasta el momento de la conquista egipcio-turca el distrito comprendido entre el wadi Halfa y Sai estaba gobernado por caudillos nubios que descendían de la guarnición bosnia que ocupaba el castillo de Ibrim. Aunque sometidos á la soberanía egipcia, la dignidad de estos *kaschifes*, que así se llamaban, era hereditaria. Según parece, una colonia militar allí enviada en el siglo décimocuarto por el sultán Selim fué el origen del «Estado libre aristocrático» (Rüppell) de Sai, en el territorio de Sukot. Este Estado se rebeló en 1823 contra Mehemed-Alí, pero vencida la sublevación fué de nuevo sojuzgado, no sin antes haber sido asesinados todos los hombres aptos para el servicio de las armas.

En la Nubia meridional, la historia del período posterior á la conquista árabe tomó una dirección muy distinta gracias á la invasión del pueblo negro de los fundches (fundjes, fungis) acaecida en el siglo décimosexto: este pueblo procedía de Darfur y dió origen á la tribu negra de los schilluks. Guiados por el caudillo Amru, abandonaron los

fundches su país, descendieron por el Nilo, atravesaron este río y fundaron Sennar, en donde 20 reyes de estos invasores negros gobernaron hasta el siglo décimoctavo sobre éstos y sobre los nubios y árabes establecidos en esos territorios. Sin ser muy fervientes adeptos del islamismo (pues Bruce encontró al lado de los reyes fundches multitud de hechiceros encargados de curarles la epilepsia), convirtieron a esta religión, buscaron sus esposas entre las nubias y las árabes y fueron así perdiendo poco a poco su carácter negro primitivo. Los fundches inauguraron su



Escudos de Kordofán (Museo Municipal, Francort en el Mein)

conquista sojuzgando a los principillos nubio-árabes, mekes, y más tarde avanzaron hasta Kordofán y extendieron hacia el Sud su soberanía hasta Fasogl, contentándose con imponer un tributo a los caudillos indígenas y dejando a éstos gobernar a su antojo. De aquí que su dominación nunca fuera completamente segura y que mucho antes de la conquista de Sennar y de Kordofán por los egipcios los principillos y sobre todo los chaiques de las tribus árabes vagabundas disfrutaran de una completa independencia sólo limitada por el pago de los tributos. Dada esta forma poco sólida fué posible que Schendi, Berber y Dongola fueran temporalmente tributarias de los reyes fundches de Sennar cuyo poderío llegaba hasta Mahas. Andando el tiempo la mayor parte del elemento negro se convirtió en árabe, vagando los árabes y los nubios arabeizados hasta las fronteras meridionales del reino. En éste habíase conservado, sin embargo, el carácter especial de colonias militares que defendían los puntos más peligrosos de los dominios fundches y cuidaban de percibir los derechos aduaneros y demás impuestos que sobre el comercio y sobre las

errantes tribus pastoras pesaban. Cuando Bruce visitó el reino fundche de Sennar, halló defendido por una verdadera frontera militar en la que soldados agricultores cultivaban las tierras, formando en un caso de guerra parte del ejército. Una de estas colonias fronterizas existía en el interior del Dschesireh, otra estaba emplazada en la orilla del Nilo Azul: los soldados que en esta última residían tenían el tipo negro, y eran paganos adoradores de la luna y de ciertos árboles y piedras de su patria. Había entre ellos algunos sacerdotes que ejercían gran influencia. Gustábalos mucho la carne de cerdo y criaban grandes rebaños de esta clase de animales; llevaban gruesos aros de cobre en la mano y en los tobillos. Bruce encontró algunas tropas de esta especie en el campamento de El'Erah y quedó admirado del orden con que acampaban, de sus caballos y de su armamento que se componía de reluciente coraza, casco de cobre (véase el grabado de la pág. 189) y larga y ancha espada con vaina de cuero rojo. Los datos obtenidos por los franceses en 1800 hacían ascender las fuerzas de los runderches a 40.000 infantes y 6.000 jinetes.

Entre los pequeños Estados nubios citaremos también a Schendi: su capital era a principios de este siglo una de las más florecientes plazas mercantiles de la Nubia meridional, la predecesora de Chartum. En sus mercados figuraban como principales mercaderes los dongolawis y los comerciantes de Suakín: estos últimos aportaban a ellos géneros indios al lado de los cuales vendíanse en gran cantidad mercancías egipcias. Los habitantes del pequeño territorio de Schendi eran principalmente árabes vagabundos, así es que hace ya 70 años el idioma árabe era el que allí más predominaba. Hemos de citar finalmente un pequeño Estado teocrático llamado Damer y que situado en la frontera septentrional de Schendi se ofrece a nuestra consideración como el último eco de Meroé ó de Ammonium. Su población se componía de fakires y su jefe era un gran fakir eremita vitalicio, y las escuelas que allí existían enviaban sus discípulos hasta Darfur y Sennar. Burckhardt encontró en 1814 a estos fakires en posesión de muchos libros y respetados por las gentes de los alrededores. Alrededor de su ciudad florecía de un modo espléndido la agricultura y en «el lugar de la paz, en medio de las más ignorantes hordas de bandidos,» hacíase un animado comercio. Los bandidos respetaban todas las caravanas mandadas por un fakir de El Damer. De muy distinta índole eran las pequeñas soberanías de la baja Nubia. Al Sud de Sai, los caudillos indígenas (melekes) dominaban por el terror en la provincia de Mahas: su espíritu bélico y el de sus vasallos, y la mucha distancia que entonces les separaba de los grandes Estados, asegurábales una independencia de hecho. Cada una de estas melekiyas era un verdadero Estado cuyo príncipe hostilizaba a sus vecinos y robaba a los comerciantes.

Gracias a todas estas circunstancias, el semitismo y su sucesor el cristianismo ocuparon una situación esencialmente pasiva en Abisinia; en efecto, así como ambos encontraron en Egipto y en los desiertos y estepas de allende el Nilo ocasión propicia para extenderse y moverse continuamente, en este país al Este de Africa los emigrantes árabes pudieron mantenerse a pesar de todas las transformaciones ocurridas, pero no hicieron otra cosa que permanecer quietos en ese suelo. La colonia semítica en vez de extenderse mantívose inmóvil en las montañas y selvas abisinias sin poder nunca llegar al Nilo. De aquí que quedara sin realizar la gran posibilidad histórica de un contacto entre los egipcios con mezcla semítica de la desembocadura del Nilo y los semitas del Este de las fuentes de

este río, contacto que podía cambiar por completo los destinos de Africa. Los trascendentales acontecimientos de la historia de Abisinia, tales como la implantación del cristianismo occidental en este suelo más que oriental, la aparición de los gallas en la frontera septentrional, la ruina del reino en los siglos décimoctavo y décimonono, y finalmente el episodio de Teodoro, en nada modificaron aquel aislamiento. Para las relaciones exteriores de Abisinia hay que tener en consideración en primer término su situación en el mar Rojo y enfrente de la península arábiga: la vecindad de ésta constituye el hecho fundamental de la historia abisinia y así lo ha comprendido siempre la conciencia popular. En efecto, entre los habitantes de la costa meridional del mar Rojo existe una leyenda según la cual Arabia formaba antiguamente con Abisinia un solo país, que más tarde un violento terremoto dividió en dos, separados por las aguas del mar citado: al decir de ellos, este suceso ocurrió en tiempo de Mahoma, quien produjo esta separación para poner los lugares de peregrinación del lado árabe a cubierto de los ataques de los abisinios. De todas maneras, es lo cierto que en tiempo de Mahoma se rompió la cohesión de este país con la Arabia. La Abisinia, tan pródigamente dotada por la naturaleza de todos los tesoros de la fauna y de la flora etiópicas y gracias a su posición mirando al mar, disfrutó de antiguo de una situación privilegiada, pues a sus costas llegaban los pueblos comerciales de Asia y de Europa en busca de los productos del Africa ecuatorial. A consecuencia de esto y de la vecindad de la Arabia meridional, Abisinia fué el primer país de Africa que entró en el desenvolvimiento de la civilización asiática y del Mediterráneo; su íntimo enlace con el Sud de Arabia desde mucho antes de nuestra era, muéstranos sobre todo el camino que más tarde siguió la mayor parte del Norte y del Este de Africa. En todas estas relaciones Abisinia ejerció, al parecer, una acción más bien pasiva y receptora que irradiadora, pero siempre importante.

El núcleo de tradiciones históricas de los abisinios es el siguiente: Kusch, hijo de Ham, llegó a Axum y tuvo varios hijos, uno de los cuales se denominó Etiops. En tiempo de sus descendientes, la Abisinia se entregó al más brutal paganismo, concediendo veneración divina a la serpiente. Más tarde apareció en escena la reina de Saba, que dominaba, al decir de los abisinios, en Axum, y que atraída por la sabiduría de Salomón se encaminó a Jerusalén en donde tuvo de él a su hijo Menilek, ó David, según se denominó al subir al trono axumítico. Este Menilek ó David fué educado por su padre, pero más adelante huyó de su lado y se dirigió a Axum, llevándose consigo de Jerusalén doce sacerdotes y el arca de la alianza: entre aquéllos se cita al que en el libro 1.º de los Reyes lleva el nombre de Asarja; y en cuanto al arca dicese que todavía se conserva en Abisinia. De aquí que se haga arrancar de Salomón una dinastía abisinia con la que pretendieron estar enlazados todos los posteriores soberanos. Desde este punto presentan las tradiciones un vacío, faltando por completo la luz de los monumentos y de las inscripciones: con el siglo cuarto de nuestra era comienza el período del cristianismo allí introducido por Frumencio y por Aedesio. Anterior a este período, hay una leyenda que durante largo tiempo se ha puesto en relación con Abisinia.

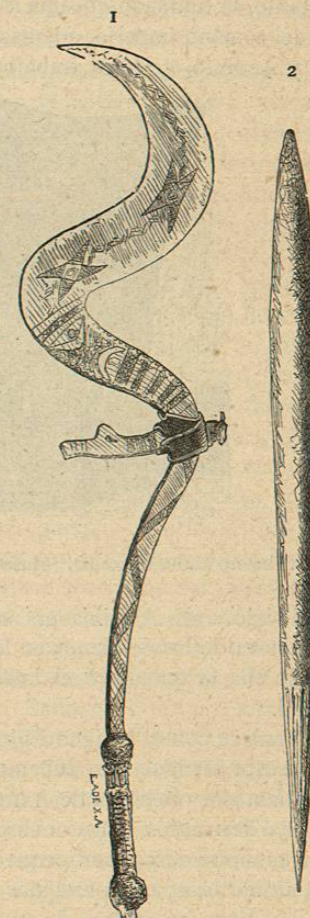
Refiere Herodoto que 240.000 hombres del ejército de Psamético se pasaron al rey de Etiopía, quien les acogió gustoso estableciéndolos en las comarcas de su territorio con las cuales estaba a la sazón en guerra el monarca. Por haber dicho el citado autor que fueron establecidos a cuatro meses de distancia de Elefantina, Nilo arriba, se ha

querido entender que llegaron a Abisinia, no faltando quien creyera que ellos fueron los fundadores del reino abisinio. Sin embargo, es más probable, como recientemente lo ha indicado Dillmann, que fueran a parar al territorio del alto Nilo.

Tenemos pues en estas tradiciones tres enlaces con personas ó hechos históricos y los tres con cierto fundamento histórico, por más que quizás todos ellos no fuesen colocados hasta más tarde en la oscuridad de la historia primitiva de Abisinia. La reina de Saba significa la conexión entre Abisinia y Arabia, especialmente la Arabia meridional, cohesión patentizada por la conexión lingüística. La probabilidad sentada a priori de potentes emigraciones himiaríticas desde el Sud de Arabia a Abisinia, conviértese en certeza gracias a los datos y monumentos históricos y a las afinidades de lenguaje y de escritura. Imposible es decir cuándo y cómo comenzaron aquéllas, aunque es probable que la unión de Axum con la Arabia meridional durante el reinado de un solo monarca, en el siglo primero, les dió el principal impulso. Es seguro que ya al principio de nuestra era los pueblos ghezes se establecieron en Abisinia: la idiosincrasia de los dialectos abisinios permite establecer una separación entre ellos y los sudarábigos. El actual idioma ghez ó tigre es sencillo en su construcción y agradable al oído: en Hamazén aparece ya muy corrompido y en Tigré casi forma un nuevo dialecto, el tigríña; en cambio el amharina más parece pertenecer al Africa que a los idiomas semíticos. El ghez puro se habla en Mensa y en el país de los hababes. La población sudarábiga de Abisinia no

es, sin embargo, el resultado de antiguas y grandes emigraciones, sino más bien la infiltración continua de las mismas que también encontramos en todo el resto de la costa oriental de Africa: esta corriente de emigración fué unas veces caudalosa, otras más escasa, pero duradera en sus resultados.

El hecho de ver mencionado a Salomón, demuestra un enlace con el círculo de la cultura judía, confirmado por la presencia de numerosos judíos (falaschas) en Abisinia y de fuertes elementos hebreos en el cristianismo abisinio. La inmigración judía en Abisinia es indudable; lo que se ignora es cuándo tuvo lugar. Por lo que sabemos de Abisinia en la época en que el cristianismo empezó a propagarse en este país, puede afirmarse que imperaba allí el más tenebroso paganismo. Antes del cristianismo no cabe hablar de una propagación del judaísmo tan vasta que



1. Cuchillo arrojadizo, de Nubia. — 2. Palo arrojadizo, del alto Nilo. (Museo Municipal, Francfort del Mein)